

Paul Bowles

Por encima del mundo



Conocida hasta ahora por el lector español como *La tierra caliente*, *Por encima del mundo* es la última novela larga de Paul Bowles. En la terraza de un apartamento con vistas a una capital latinoamericana, un matrimonio de estadounidenses, los Slade, conversa con un hombre atractivo y su amante, una joven de extraordinaria belleza. Mientras contemplan la puesta de sol, los Slade disfrutan de ese encuentro casual que todo turista desea. Pero entre la hospitalidad y la cortesía, las palabras que el anfitrión dirige a la mujer norteamericana se convierten en proféticas: «Las cosas no son exactamente como usted piensa». Con el dominio expresivo que lo caracteriza, Paul Bowles convierte al lector en testigo privilegiado del complejo proceso de deterioro de las relaciones humanas.

POR ENCIMA DEL MUNDO

Paul Bowles

UNO

1

Más dormidos que despiertos, los Slade se sentaron a desayunar. El barco había atracado; oyeron su lúgubre silbido en la oscuridad cuando entraba en el puerto por la noche. Ahora sólo hacía falta subir a bordo con el equipaje. La noche anterior, cuando regresaban de su caminata por el pueblo desamparado, antes de acostarse, el patrón del hotel les había dicho que estuvieran tranquilos; el sereno los despertaría a las cinco y media, y el desayuno sería servido a las seis en el comedor. Eran ahora las siete menos veinte. Arrodillada en el centro del cuarto, una mujer de color fregaba el piso de madera, que ya estaba limpio. No se veía a nadie más, aunque un murmullo llegaba desde la región de la cocina. Supusieron que alguien preparaba el café que finalmente los convencería de que estaban vivos. Los platos de la noche anterior no habían sido recogidos de la mesa; en cada uno de los puestos había un flan comido a medias.

—Si lo perdemos, me mato —declaró ella.

—Oh, por Dios... —dijo su marido. Y luego, como para corregirse a sí mismo, añadió—: No lo perderemos.

Por la ventana se veía caer una finísima llovizna que goteaba de hoja en hoja en los bananos. El reloj de pared andaba con un tictac rápido y fuerte. «Una bomba de tiempo», pensó el doctor Slade, mientras recorría con la mirada el verdor húmedo de los jardines del hotel.

—Trata de no ponerte nerviosa —dijo bostezando—. Tenemos tiempo de sobra.

Había una diferencia entre un bostezo ordinario y éste, tenso y tembloroso, que subió convulsivamente desde el fondo de su estómago. Contó hasta diez y se puso en pie de un salto.

—¿Dónde *demonios* está ese café? —exclamó con una furia inesperada, y se volvió, buscando la puerta que daba a la cocina.

Una mujer gorda y sonrosada entraba en ese momento al comedor; al acercársele, el doctor Slade se dio cuenta de sus brillantes mejillas, y se preguntó fugazmente si no sería la mujer del patrón.

—Buenos días —murmuró.

Pero ella lo saludó en inglés con una amplia sonrisa. Caminó en dirección a los ruidos que venían de la cocina, y la encontró: una caverna oscura, donde un negro abanicaba el fuego humeante de la estufa.

—¡Café! ¡Café! —reclamó el doctor Slade.

El hombre señaló hacia el jardín, y el doctor salió por la puerta y anduvo por la arena gruesa y pesada. Arbustos de flor de pascua crecían bajo los jóvenes papayos; las flores rojas parecían papel de seda rojo mojado. Al regresar al comedor por la puerta lateral, renegando, el doctor Slade vio el humo que salía de dos tazas de café sobre la mesa. La señora Slade había desaparecido.

La idea de tomar el café mientras aún estaba caliente, incluso con el acostumbrado suplemento de leche condensada, era demasiado atractiva para pasarla por alto. Se sentó a la mesa. «Espero que haya sido un viaje provechoso», le diría a su mujer cuando volviera. O «La digestión también es importante, ¿sabes?». Un perro ladraba con furia en la calle, justo bajo la ventana, y se oían voces que gritaban acaloradamente. «Cuando uno tiene realmente prisa, hacer que cada segundo cuente es un arte. Debes simplemente saber encajar cada cosa que tengas que hacer en el instante apropiado». Una muchacha apareció con un plato de pan.

—¿Hay mantequilla? —le preguntó el doctor Slade.

Ella se quedó mirándolo, se encogió de hombros y dijo que iría a ver. Él alzó la voz y le pidió otra taza de café, y, de soslayo, miró el reloj: doce minutos para las siete.

Desde el zaguán, a sus espaldas, un sonido de tacones se acercó rápidamente. No tuvo tiempo de soltar la taza para volverse; la señora Slade ya estaba a la mesa. Se sentó, y había en su rostro una expresión preocupada y divertida.

—Qué gracioso —dijo, más para sí misma que para él, y luego bebió un sorbo de su café, mientras él esperaba alguna explicación.

La muchacha volvió sin la mantequilla, pero con dos platos de huevos con jamón.

—¿Qué? —dijo el doctor Slade antes de comenzar a comer.

La señora, al parecer, no le había oído, y se abalanzó con gusto sobre su comida.

2

El muelle estaba al final de la calle; desde allí se veía el barco, enorme e inmóvil en el centro de la bahía circular. Una lancha de motor con toldo verde iba y venía sobre el agua que resplandecía entre el muelle y la nave mientras ellos esperaban de pie para entrar en el cobertizo de la aduana.

—Hará buen día después de todo —anunció satisfecho el doctor Slade—. La niebla era sólo decoración.

Puso el maletín en el suelo de manera que descansara contra su pierna.

—No me extrañaría que levaran ancla y se fueran mientras seguimos esperando —dijo la señora Slade tétricamente.

El doctor Slade se rió. Si tal cosa hubiera ocurrido, él se habría visto aún más contrariado que ella, pero según su experiencia el mundo era un sitio racional.

—Ojalá sepan hacer daiquirís —dijo.

Tal vez esta observación tranquilizaría por el momento a su mujer.

La lanchita a motor llegó resoplando hasta el muelle, y de ella desembarcó la corpulenta mujer de mejillas sonrosadas, la ancha frente lustrosa con sudor. Tenía unos papeles en la mano y los agitaba ante dos hombres uniformados, que le indicaron que siguiera hacia la aduana.

—Mira a doña Loca —dijo el doctor Slade con interés—. Qué cosa. Ya estaba en el barco y ha regresado.

—Olvidó su carta de crédito —dijo la señora Slade.

El doctor Slade miró a su mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo dijo. Viaja en el barco. No aceptaron su carta de crédito a bordo, y piensa que si encuentra algún banco podría lograr que le den algo de dinero. Es toda una saga. Le presté diez dólares.

—¿Le has prestado dinero a *ella*? —gritó el doctor Slade escandalizado.

Luego, cuando oyó su propia voz, quiso alterar el tono y, con una delicadeza que era evidentemente falsa, continuó:

—¿Para qué?

—Lo va a devolver, querido. —La voz de la señora Slade era como la que se usa para calmar a un niño.

Respirando agitadamente, la mujer se acercaba a ellos. El doctor Slade apenas tuvo tiempo para decir: «No se trata de eso».

—¡No dejen que el barco se vaya sin mí! —les gritó la mujer, agitando juguetonamente su bolsa de cuero negra.

La señora Slade sonrió.

—Oh, creo que tienes tiempo.

—Eso espero —dijo el doctor Slade en voz no muy baja. Por la inflexión, fue como si hubiera dicho: «Espero que no».

—Díganles que *tienen* que esperarme —gritó ella por encima del hombro.

—Es ridícula —dijo el doctor Slade.

—Yo la encuentro encantadora —murmuró pensativamente la señora Slade, siguiendo con la vista la figura que se alejaba.

El doctor Slade no respondió. Pasó la mirada sobre la bahía silenciosa y tuvo la idea de que a veces dos personas, cercana la una a la otra, podían estar en realidad muy distantes. Su vista siguió la vaga línea de montañas selváticas que se alzaban alrededor del puerto, y la palabra *en-*

cantadora adquirió para él un matiz inesperado e inquietante mientras seguía el curso de sus pensamientos.

3

El viaje a lo largo de la costa desde La Resaca hasta Puerto Farol duró solamente día y medio, pero la señora Slade, que no estaba segura de qué cosas se encontraban en cuál maleta, creyó necesario desempacarlos todo. El doctor Slade, sabiendo que no le sería posible evitar la operación, se retiró a la biblioteca para no tener que presenciársela. Después, por la tarde, fue en busca de su mujer, y la encontró postrada en una colchoneta cerca de la piscina, su piel brillante con aceite bronceador. Orgullosamente, se dio cuenta del interés de los otros bañistas, y se arrodilló junto a ella.

—¿Qué tal la segunda etapa? —le preguntó.

—¿Qué? —Ella entreabrió los ojos y alzó la mirada.

—La segunda etapa de la Expedición de Aniversario de los Slade.

—Oh. —Estiró el cuerpo placenteramente, y esperó un momento antes de decir—: Quería contarte. Vamos a tomar unas copas con la señora Rainmantle, a las seis. En el bar.

El doctor Slade estaba confundido. «¿Por qué?», preguntó, pero su esposa se limitó a mirarlo.

—No tienes que venir —le dijo.

Él se puso de pie.

—¿Ah, no? —respondió.

Fue despacio hacia la popa del barco y se detuvo a mirar, por encima de la barandilla, la espumosa estela. En el horizonte, a lo lejos, los cúmulos descansaban en línea, co-

mo pilares torcidos. De pronto se sintió muy solo. Se quedó mirando largamente las oblicuas torres de nubes lejanas. Antes de comenzar el viaje, durante su examen médico, se había forzado a sí mismo a tocar el tema. «Podría ser mi hija. O mi nieta, incluso». El otro médico se había reído. «No te hará daño tenerlo presente», le dijo.

Al fin, empezó a andar de nuevo. Tomó la primera escalera que encontró y subió a cubierta, donde paseó ocho veces de un lado para otro.

La señora Rainmantle ya estaba en el bar cuando ellos llegaron, sentada en un alto taburete; vestía el mismo traje holgado de seda gris. Su pelo estaba tieso y enmarañado. «Fatal», pensó el doctor Slade; hubiera querido sacar el pañuelo para limpiarle la grasa y el sudor de la frente. Era algo que requería atención, como la nariz de un niño que necesita que le suenen.

Se instalaron sin contratiempo con sus *planter's punchs* en una mesa de esquina, y él frotó una gota de agua que le había caído en la solapa.

—¿Fueron serviciales en el banco? —le dijo a la señora Rainmantle, y notó la furiosa mirada que le dirigía su mujer.

—¡Oh, no! El viaje fue del todo —respondió ella vivamente.

—¿O sea que estaba cerrado? —dijo el doctor Slade, entrecerrando los ojos al mirarla. Se daba cuenta de la serie de movimientos diminutos y agitados que su mujer hacía para llamarle la atención, pero no quiso mirarla.

Sonriendo vagamente, la señora Rainmantle dio un enorme trago de su vaso.

—Estaba abierto, sí. Pero no quisieron ayudarme.

—¿Qué? —exclamó él—. Tal vez si usted hablara con su cónsul, él podría hacer algo, ¿no? (Aunque, ¿lo haría?, pensó. Quizá no, si la mira de cerca).

—Lo he visto —aclaró ella—. Fue muy amable. Pero no pudo asumir la responsabilidad. Yo no tenía mi tarjeta de identidad conmigo. Llevé mi pasaporte y unas cartas... —

su voz se apagó al recordar en detalle la escena de su fracaso.

La señora Slade se rió, y el doctor se sintió aliviado. «Buena chica», pensó, atreviéndose a esperar que su enojo se hubiera mitigado. Pero, todavía riéndose, ella le lanzó otra mirada, y él reconoció su error.

Bebieron una ronda más. Durante la conversación la señora Rainmantle llevó al mesero aparte, y, antes de que los Slade se dieran cuenta, ya había firmado la nota de consumo.

—Invito yo, por supuesto —dijo con pompa, y logró hacer que ambos callaran.

Se levantó.

—Voy a tomar uno de esos maravillosos baños calientes de sal. Hasta pronto.

—Ah —dijo el doctor Slade. Cuando ella se hubo retirado, se sentó—. Eso no costó diez dólares.

Después de cenar, los Slade pasearon por la cubierta; soplaban un viento tibio y la luna brillaba.

—¿Cómo puedes decir que fui grosero? —dijo el doctor—. ¿Hay alguna razón para que me moleste en tratar a esa mujer con guantes de seda?

Ella tenía las manos en la barandilla y miraba el trémulo resplandor sobre el agua iluminada por la luna.

—¡Sí, sí! —dijo en voz baja, pero apasionadamente—. ¡La hay! Yo siempre trato de ser amable con tus amigos.

—¿Amigos? Sí. Pero ella, ¿es tu amiga?

—Tú lo has visto. Yo estaba siendo amigable con ella.

Él no dijo nada por un momento, mientras pensaba: «Estoy exagerando».

—¿Cómo comenzamos con todo esto? —dijo.

Luego se rió, la tomó de la mano, y la apartó de la barandilla. Empezaron a andar.

—No volverá a suceder —dijo.

Antes de soltarle la mano se la apretó mientras le hablaba. Más tarde, cuando bailaban, permaneció alerta, buscando con la mirada a la señora Rainmantle, para estar seguro de poder evitarla, pero ella no estaba entre la concurrencia del Bahía Bar.

Una llovizna finísima caía cuando el barco entró en Puerto Farol. Hacía borrosa la silueta de las montañas que se elevaban hasta desaparecer en el inmenso cielo plomizo. Aun antes de que echaran el ancla, el doctor Slade oyó el canto de las innumerables ranas en la costa. Habían organizado una excursión para los pasajeros interesados en visitar las estelas de San Ignacio.

—¿Habrà algo tan físicamente deprimente como ver a un montón de gente junta en el mismo lugar? —dijo la señora Slade—. Gracias a Dios saldremos de esta arca.

—Estaban de pie cerca de la baranda mirando hacia la orilla; con un leve movimiento de la cabeza, señaló a los pasajeros que estaban detrás de ellos.

—¿Hay tiburones en el agua, papi? —Una niñita con coleta que estaba junto al doctor Slade apuntó hacia abajo con el dedo—. Papi, ¿hay tiburones?

Nadie le hacía caso, así que el doctor Slade le dijo seriamente:

—Linda, claro que los hay.

—No le hagas caso, cariño —dijo la señora Slade—. Bromea.

El doctor Slade se rió.

—Tírate al agua y verás —dijo.

La niña los miró, primero a uno y luego a la otra, y se alejó de la barandilla.

—¿Por qué eres así? —preguntó la señora Slade—. ¿Por qué asustar a la pobre criatura?

El doctor Slade se impacientó. «Quería información, y se la di», dijo terminantemente. Con sus lentes de larga vis-

ta examinaba la selva de cocos a lo largo de la costa frente a ellos. Acababa de ver a la señora Rainmantle en la cubierta; no quería desembarcar en la misma lancha que ella. De reojo, mientras fingía mirar por los lentes, la vio escabullirse por entre la gente hacia la barandilla de popa, y se sintió aliviado.